

AVILA COMO TOPICO LITERARIO EN LA LITERATURA DE GALDOS, AZORIN Y UNAMUNO

M.ª José SANCHEZ HERNANDEZ

INTRODUCCION

El objetivo último que intentamos perfilar en el presente trabajo de investigación es, en esencia, averiguar qué caracteres especiales hacen de Avila un tópico literario, cómo funciona el mismo y con qué fin utilizan el entorno físico y espiritual de lo abulense en sus obras, novelistas como Galdós, Azorín y Unamuno.

¿Podríamos hablar de "un modo de ser", de existir, de soñar, de vivir o recordar de los abulenses? ¿Podríamos, en definitiva, hablar del concepto "abulensismo", entresacarlo del castellanismo, y rastrearlo en los escritos de los autores aludidos antes, para ver la función de tópico y símbolo que este concepto representaría?

Para ambos interrogantes creemos tener una respuesta afirmativa. La demostración de tal afirmación es la que iremos desarrollando en varios apartados a lo largo de este trabajo.

Pero antes de ir dando forma a los distintos "pasos" que nos llevarán a nuestro objetivo final, será necesario intentar dilucidar dos aspectos básicos:

1.º) Qué nos lleva a pensar en la existencia de un "abulensismo".

2.º) Cómo éste es recogido y aprovechado literariamente por Galdós, Azorín y Unamuno.

Para el primer aspecto al que nos hemos referido, es obligatorio acudir a las tesis positivistas del "medio" de Taine, que dicho sea de paso influyó de modo especial en los autores del 98.

Taine apoya la tesis de que "*la tierra determina al hombre*" y es determinada por él.

Nos interesa la frase subrayada porque en ella se puede encontrar la explicación a la idea de "*abulensiismo*", citada al principio de esta introducción.

Si es posible pensar que Castilla, la tierra castellana, configura a sus gentes y su modo de vida, también tiene su lógica pensar que cada ciudad castellana a su vez tiene además de los rasgos comunes a toda Castilla, caracteres especiales y únicos.

De este modo si nos paramos a analizar y contemplar el medio, el entorno de Avila, encontramos rasgos que son sólo suyos, de aquí, de esta parte de Castilla; rasgos como: su altitud (es la más alta de España), su extremado clima, sus páramos y paisajes pétreos, sus murallas, su historia y su pasado, anclados estos últimos en su aspecto externo (viejas calles, palacios, caserones hildagos, ...).

Estos caracteres o rasgos que presenta su entorno hace o al menos contribuye a un determinado modo de ser, vivir y sugerir, es decir, irían configurando lo que venimos llamando "*abulensiismo*".

De todos estos rasgos nos interesarán sobre todo la altitud, sus murallas y su pasado histórico y literario.

La altitud, por las sugerencias e ideas en torno a la proximidad con el cielo, al alejamiento de lo material y la tierra, a las sensaciones cercanas al espíritu, a Dios, a reflexiones sobre la vida, la muerte y uno mismo.

Ideas, en fin, que implicarían la relación con un mundo más de *esencias* que de *existencias*.

Este rasgo de gran carga espiritual lo aprovecharán en sus novelas con distintos fines Galdós y Unamuno sobre todo.

Sus murallas serían el símbolo perfecto de conceptos como defensa, tradición y cerrazón fundamentalmente.

Su pasado literario nos relaciona Avila con los grandes místicos y la historia de la mística española.

Todos estos elementos que contribuyen a matizar un poco más el modo de ser abulense, aparecerán topificados en la literatura de los tres autores sobre los que versa este trabajo. En este punto entraríamos en el segundo aspecto básico al que antes aludimos; dicho aspecto será el que vayamos desarrollando en los distintos apartados en que presentamos el trabajo.

CONCEPTO DE TOPICO LITERARIO

El primer apartado de este trabajo es dar una idea somera de lo que se entiende por tópico literario.

En el antiguo sistema didáctico de la Retórica, "la tópica" hacía las veces de almacén de provisiones y en ella se podían encontrar las ideas más generales para citarse en todos los escritos.

Por ejemplo, todo autor debía tratar de crear en el lector un estado de ánimo favorable; con este fin se le recomendaba —y así ocurriría hasta el siglo XVIII— presentarse con términos de modestia, después el autor debía atraer al lector hacia su tema. En todos los casos se requerían fórmulas de modestia, en las partes introductorias y en las finales.

Desde un punto de vista general, el tópico se define como lugar común, asunto o tema de conversación muy utilizado, o al que se recurre habitualmente al hablar o escribir.

Desde la perspectiva de la Lógica, "la tópica" es la doctrina de los lugares comunes, la parte de la Retórica que estudia los tópicos como medio de expresión.

Los tópicos, pues, eran originalmente medios empleados en la Retórica para la elaboración de los discursos; o como afirmaba Quintiliano "asientos del argumento".

Con el paso del tiempo, la Retórica penetró en todos los géneros de la Literatura. Este hecho hizo que los tópicos adquirieran una nueva función, que se convirtieran en "clichés literarios" aplicables a todos los casos y se extendieran por todos los ámbitos de la vida literariamente concebida.

No todos los tópicos se derivan de la Retórica y sus géneros, muchos de ellos provienen de la poesía y pasaron después a la Retórica. Entre la poesía y la prosa, hay ya en la antigüedad, un constante intercambio.

Uno de los temas de "La tópica poética" es la belleza natural en el sentido más lato, es decir, el paisaje ideal con sus elementos típicos (lugares de eterna primavera, libre de trastornos atmosféricos,...) contando también con las típicas fuerzas vitales: el amor, la amistad,...

Se puede decir también que el estilo en que se expresan los tópicos está siempre condicionado históricamente.

Hay tópicos que nos vienen de la antigüedad y perviven aún en nuestros días; otros surgirán con las nuevas épocas y situaciones. En este sentido podemos decir que *los tópicos reflejan nuevas actitudes espirituales*.

Además de la presentación del autor en términos de modestia, citado antes, se pueden añadir las fórmulas de "empequeñecimiento de sí mismo": En el Antiguo Testamento, David en presencia de Saúl, dice ser "como una pulga..."

En la Roma imperial, debieron ir surgiendo fórmulas de "sumisión" a medida que aumentaba la adoración cortesana de la persona del emperador. A esta dignificación del emperador tenía que corresponder un rebajamiento de la propia persona. A menudo esta fórmula de modestia se vincula con la afirmación de que el autor sólo se atreve a coger la pluma porque un amigo, protector o superior se lo ha sugerido, pedido o mandado.

Relacionados con los preliminares o exordios de una obra, podemos destacar algunos tópicos como: "ofrezco cosas nunca antes dichas", es decir, leer mis escritos porque os digo novedades, cosas nuevas,.... Esta fórmula, con variantes, aparecerá ya en la antigüedad griega.

Era general de igual modo, el tópico de la dedicatoria: los autores cristianos, por ejemplo, se complacían en presentar su obra a Dios, para lo cual contaban con varios antecedentes bíblicos.

También era lugar común o tópico, la fórmula "el que posee conocimientos debe divulgarlos".

La Biblia contenía muchos elementos aprovechables en este sentido: "Sabiduría oculta y tesoro escondido ¿qué utilidad hay en estas dos cosas?".

En cuanto al final de la obra, el motivo más natural y general que se utilizaba en la Edad Media, por ejemplo, era el cansancio. Escribir era tarea fatigosa. Los poetas concluyen para poder descansar o estar tranquilos.

De la antigüedad pasó a la Edad Media el tópico "Debemos terminar porque se hace noche".

Más tarde, Garcilaso utilizará este tópico en su *Egloga I*, la cual transcurre en un día: Salicio comienza al salir el sol y Nemoroso concluye cuando se pone.

Herrera criticó este procedimiento, pero lo cierto es que la lamentación de pastores que ocupa un día hizo fortuna.

Dentro de la poesía estaría el tópico de la invocación a la naturaleza. Originalmente tiene un sentido religioso. En la *Iliada*, las oraciones y juramentos invocan no sólo a los dioses, sino también a la tierra, al cielo, a los ríos...

Autores greco-latino como Esquilo, Sófocles, Estacio y otros hacen abundante uso de estas fórmulas convencionales. Este tópico pasará a la poesía

cristiana, favorecido —según afirma E. Curtius— (1) por el relato evangélico de las perturbaciones de la naturaleza a la muerte del Salvador: "la tierra tembló, el sol se oscureció"....

Por la otra parte la Biblia conoció también la participación de la naturaleza en la alegría: "Alégrense los cielos y gócese la tierra..."

En la poesía medieval latina se hace esta invocación, teniendo en cuenta que la naturaleza es obra divina y que el autor puede, por ello, invocar a sus elementos en cuanto son criatura de Dios.

En el Renacimiento este tópico vuelve a tomar los matices paganos, propios de la Antigüedad.

PROCESO DE TOPIFICACION DE CASTILLA

Otro de los apartados de este trabajo plantea una interesante cuestión: ir descubriendo a través de los textos lo que vamos a llamar "*el proceso de topificación de Castilla*". En este proceso vamos a diferenciar dos líneas:

1.º—La visión que de Castilla tiene el 98 y más en concreto Azorín y Unamuno, autores que, junto a Galdós, constituirán el eje sobre el que gire nuestra investigación.

2.º—El estudio de la relación entre esa visión topificada de Castilla y Avila.

De ese modo trataremos de ir perfilando las ideas más generales, más comunes, es decir, los tópicos que guardan relación con nuestra tierra castellana.

Avila, su imagen, su entorno y paisaje, su pasado, su historia responderá y será fiel reflejo de una buena parte de esa visión tópica que va unida a Castilla.

Es tema ya clásico y quizás muy manido el hablar de la relación tan directa que hay entre los autores del 98 y dos conceptos clave de reflexión en sus obras: la diferenciación en unos casos, y en otros identificación, de España y Castilla.

El tema de España antes del 98 y a lo largo del siglo XIX, sólo se levantará seriamente al plano de reflexión en el patriotismo amargado y torturado de Larra. Así pues la meditación sobre España, entrará de lleno a raíz del desastre de 1898.

Un capítulo de esta meditación noventayochesa sobre el tema de España y los españoles, estaría centrado en Castilla.

Las tierras de España fueron recorridas por todos ellos y también descritas con dolor y con amor. Junto a una mirada crítica que nos descubre la pobreza y el atraso (elementos éstos que estarán más patentes en la obra de un gran autor castellano: Miguel Delibes) encontraremos —cada vez más— una exaltación lírica de los pueblos y el paisaje. Nos dejaron visiones inolvidables de casi todas las regiones, pero sobre todo de Castilla. Es notable y curioso al respecto, contar que hombres de la periferia como Unamuno y Azorín vieran en Castilla la médula de España.

(1) Curtius, E.R.—*Lit. Europea y E. Media Latina*. Fondo de Cultura Económica, México - 1955.

¿Qué vieron los del 98 en Castilla? ¿Cómo la topificaron? Serían dos preguntas obligadas en este apartado, pero además se podría añadir una tercera igualmente importante y aclaratoria. ¿Cómo la esencializaron?

Porque si es innegable que existe una Castilla literaria y que esa Castilla está, sobre todo, en las páginas de los hombres del 98, también es cierto que bajo esa exaltación lírica, bajo esa topificación, late y se nos ofrece una Castilla íntima, real y esencializada. Los hombres del 98 valoran las tierras castellanas por lo que tienen de austero, de recio, de su poder sugerir más de lo que captan los sentidos.

Me interesa subrayar esta última idea porque más adelante se verá la relación que tiene ésta con la visión unamuniana de Castilla y sobre todo de Avila.

Castilla se convierte casi en un tema obsesivo para estos hombres, por su paisaje escueto, desnudo y limpio; ven esta tierra más cerca de lo eterno, de su idea de eternidad. Podemos afirmar con P. Salinas que estos paisajes sin adornos, ilimitados y abiertos explican ansias místicas y anhelos quijotescos.

Buscarán a través de ese paisaje castellano aquellas formas de lo exterior que más llaman hacia lo interior y más nos invitan al desasimiento de lo material.

Es también en este sentido, es decir, en el despojarse de lo material, donde vemos que los autores del 98, esencializan de algún modo a Castilla. Su paisaje, su tierra y su cielo (este último lo veremos con mucha frecuencia en los temas castellanos de Azorín), acompañados de los ya tópicos adjetivos: amplio, escueto y abierto el paisaje; firme, llano, sin curvas la tierra y azul, azul... el cielo, "espíritu" y "esencia".

Castilla se irá convirtiendo a lo largo de las páginas literarias del 98 en símbolo de espiritualidad, (Avila se va a relacionar, en este sentido, muy estrechamente con esta idea de Castilla), en símbolo de una actitud ascética y de honda sed de trascendencia religiosa.

Es, en definitiva, y desde esta visión noventayochesca, el paisaje castellano el que mejor resumiría a través de su cielo, sus llanuras, sus soledades... la esencia, la raíz última no sólo de Castilla, sino de lo español.

Haciendo "un alto en el camino", podemos ver, a través de algunos textos, cómo todas estas ideas se reflejan o aparecen de un modo más o menos fiel en los trabajos de Galdós, Azorín y Unamuno.

Con respecto al primer autor que nos interesa para este trabajo, es decir, Galdós, hay que apuntar primeramente que el mundo galdosiano abarca la sociedad española íntegra, concentrada y concretizada en Madrid, y toda clase de caracteres humanos, toda la vida histórica, social, religiosa, económica, etc..

Azorín en su libro "El paisaje de España visto por los españoles" y en el capítulo dedicado a Castilla, afirma que Galdós ha pintado España, pero que ha escrito entre sus páginas, quizás con más amor que ningunas, las dedicadas a Castilla.

En el extenso prólogo que Galdós puso al libro de José María Salaverría,

"Vieja España", se nos descubre un viaje del maestro por tierras de Valladolid, camino hacia Madrigal de las Altas Torres, donde podemos leer lo siguiente:

"Sentí la llanura con impresión hondísima. Es la perfecta planimetría sin accidentes, como un mar convertido en piedra."

"Casas lejanas, escasos árboles, no logran romper la uniformidad plana de aquel suelo que se rebela contra todo lo que pretende alterar su quietud, su horizontalidad lacustre y su tristeza reconcentrada y ensouñadora. Es el paisaje elemental, el descanso de los ojos y el suplicio de la imaginación".(2).

Podemos ver claramente, a través de estas líneas, cómo también Galdós nos pinta una Castilla tópica en su soledad de "mar petrificado" y en su paisaje libre de adornos, austero y pobre en elementos ornamentales. Se nos aparece una Castilla quieta y estática en su paisaje, evocando la tristeza que despiertan sus campos: tristeza que para Azorín llegará a ser desesperante a veces, para Unamuno bella y para Galdós reconcentrada y ensouñadora.

Cómo en Galdós habrá muchos puntos en común, o si se quiere, seguirán las mismas ideas en esencia sobre Castilla que iremos viendo más adelante, a través de los textos de Azorín y Unamuno, lo podemos encontrar en otras líneas del mismo texto que he citado antes.

"El alma del viajero se adormece en dulce pereza. Por un camino psicológico igualmente rectilíneo se va al ascetismo y al desprecio de todos los goces" (3).

En otra parte de este extenso prólogo, reseñado éste en la obra de Azorín mencionada anteriormente, Galdós nos describe las líneas generales, esenciales de los pueblos de Castilla.

"La primera calle es ancha, fangosa (era tiempo de aguas), con viejos y ceñudos edificios ¡Qué soledad tan profunda, quietud de un dormir indefinido, en que apenas se oye el resuello del durmiente!".

La visión galdosiana de Castilla no difiere de las visiones tópicas que veremos después en Azorín y Unamuno. Sin embargo, será en el último apartado de este trabajo donde mejor veamos la otra cara de la visión que de Castilla y en concreto de Avila, tiene Galdós.

Aporta una idea más crítica, más negativa por lo que tiene de relación con "tradicionalismo", opuesto éste a progresismo, a ideas y conceptos abiertos y tolerantes... Cerrazón, fanatismo e hipocresía son otros conceptos que en la obra de Galdós, irán asociados a Castilla.

Por otra parte será interesante aludir a modo de información y sin profundizar mucho, ya que entraremos en otro terreno que se alejaría del propósito de este trabajo, a como Galdós, Azorín y Unamuno se relacionarán con el sentir del poeta Rafael Alberti, al oponer dos mundos: el del mar y el de tierra adentro.

Alberti en su libro "Marinero en tierra" poetiza y siente los contrastes entre el mar y la tierra. Estos contrastes en Alberti serán también expresiones

(2) Azorín.— *Paisaje de España visto por los españoles*, Colección Austral, Espasa-Calpe, 7.ª Edición, Madrid 1969, pág. 57.

(3) Op. Cit., pág. 58.

traslaticias de la oposición entre el pasado (en su bahía gaditana) y el presente (en tierras del interior: por Castilla), o entre el sueño y la realidad.

Para el "marinero" Alberti, la tierra castellana acabará convirtiéndose en mar, en su mar añorado.

Así leemos:

"A la estepa, un viento sur.
convirtiéndola está en mar"

Ve en los campos castellanos la imagen de "la mar" perdida de su infancia. (Podemos recordar al respecto el tópico "campos de Castilla-mar castellano").

En otro de sus libros "La amante" que es fruto de un viaje por Castilla y el norte de España, se observa la misma fusión "mar-campos castellanos":

"Siéntate en las graderías
y mira la mar - el campo de Castilla".

Este tema del Mar - tierra adentro, lo vamos a encontrar en algunos de los textos seleccionados para el tema del presente trabajo, pudiendo observar así con claridad, cómo hay estrecha relación entre estas visiones de Castilla por un lado y el paisaje marítimo por otro.

Estos contrastes aparecerán, lo iremos viendo más adelante, en el libro "Castilla" de Azorín, en un capítulo titulado "El mar", y en Unamuno en su libro "Andanzas y visiones españolas" en el capítulo titulado "La soledad de la España castellana".

En otro sentido, y completando todo esto que venimos diciendo, podemos afirmar que los lazos de unión entre estos autores con Alberti, se encuentran, sobre todo en Galdós y Unamuno, en la relación que existiría de un modo simbólico entre el mar y la libertad.

Siguiendo con el segundo de nuestros autores tenemos a Azorín que en su libro "El paisaje de España visto por los españoles" dice:

"Castilla... ¡Qué profunda sincera emoción experimentamos al escribir esta palabra! A Castilla, nuestra Castilla, la ha hecho la literatura. La Castilla literaria es distinta —acaso mucho más lata— de la expresión geográfica de Castilla (4). Es interesante resaltar y fijarse en la elección del adjetivo posesivo "nuestra", que Azorín pone a Castilla, por la carga afectiva y sentimental que el mismo aporta. Del mismo modo podemos afirmar cómo tiene su parte de verdad la idea de que hay una Castilla tópica confeccionada por la literatura, en la expresión azoriniana "A Castilla la ha hecho la literatura".

Esta visión de Castilla literaria, topificada, tendrá su reverso en otro sentido, no menos literario pero quizás más vivo y real, en la obra del gran novelista castellano Miguel Delibes.

(4) Azorín, Op. Cit., pág. 54.

Del mismo libro y sobre Castilla es esta otra cita: "Al trazar el nombre de Castilla, se nos aparecen en las mientes cien imágenes diversas y dilectas de pueblecitos, caminos, ríos, yermos desamparados y montañas".

Ya tenemos aquí otra idea tópica sobre Castilla:

Castilla..... yermo desamparado.

¿Qué es Castilla? ¿Qué nos dice? Son interrogantes a los que Azorín va a responder:

"Castilla: una larga tapia blanca que en los aledaños del pueblo forma el corral de un viejo caserón..."

Los sembrados se extienden verdes hacia lo lejos y se pierden en el horizonte azul.

"Castilla: El cuartito en que murió Quevedo, allá en Villanueva de los Infantes, una vieja vestida de negro nos lo enseña y suspira".

Castilla iría unida a las obras maestras de nuestra Literatura del Siglo de Oro; Castilla favorecería esta Literatura y la aparición de hombres como Quevedo.

En este sentido y en su libro "Antonio Azorín", y ante el paisaje del Pulpillo se nos dice: "Se siente en esta planada silenciosa el espíritu austero de la España clásica, de los místicos inflexibles, de los capitanes tétricos, de las almas tumultuosas y desasosegadas..."

Castilla: en un mediodía de primavera... hemos salido al campo, nos hemos detenido en una piedra. ¡Minutos de serenidad inefable, en que la Historia se conjunta con la radiante naturaleza! A lo lejos se destacan las torres de la catedral; una campana suena, torna el silencio..."

Castilla, su paisaje da silencio, serenidad.

"Castilla: en una noche estrellada, pasos sonoros en una calzuela; una celosía allá, en lo alto; el tañer de una campanita argentina, y luego, en el silencio profundo la melodía apagada de un órgano". (5)

Castilla para Azorín, se resumiría pues en una noche limpia, llena de estrellas, como el día lo es de azul, y un silencio que expresado en la frase "pasos sonoros" parece algo consustancial con el paisaje castellano; con ese paisaje abierto, sin adornos pero cuajado de silencios y soledades que dará serenidad y ayudará a la meditación y solaz del espíritu.

En contraste con estas visiones tópicas y líricamente exaltadas, encontramos en otro de sus libros, "Castilla", un capítulo, "Los toros" donde la visión es menos idealizada, más real, cruda y crítica. Se nos describe una tarde de toros en algún pueblo de Castilla y dice: "¿Qué pueblo es? Vaciamadrid, Jadraque, Getafe, Pinto, Córcoles. La llanura se extiende alrededor, seca, ardorosa, calcinada, polvorienta.

En los meses de marzo y agosto, súbitas tolvaneras se levantan en la llanura y corren vertiginosas a lo largo de los caminos. No hay ni árboles ni fontanas..."

(5) Azorín, Op. Cit., págs. 54, 55.

Obsérvese la elección de adjetivos hecha por Azorín en este texto. Mira el campo castellano con unos ojos más reales, menos literarios y ve una Castilla dura en su extremoso clima.

Castilla seca
· · · · · ardorosa
· · · · · calcinada

Sigue diciendo Azorín, comentando el final de la corrida: "Lo que Arriaza no nos ha pintado son esas cogidas enormes en que un mozo queda destrozado, exangüe...; esas cogidas al anochecer, acaso con un cielo lívido, ceniciente, tormentoso, que pone sobre la llanura castellana, sobre el caserío misero de tobas y pedruscos, una luz siniestra, desgarradoramente trágica. Lo que no nos ha dicho son las reyertas, los encuentros sangrientos entre los mozos, las largas, clamorosas borracheras de vinazo espeso, morado, el sedimento inextinguible que en este poblado de Castilla dejarán esas horas de brutalidad humana" (6).

A veces ese paisaje que invita a la meditación, la serenidad y sosiego del espíritu, se torna duro, brutal y trabajoso.

Como este paisaje, ve Arozín en este texto a los hombres que en él viven.

Es curioso, pero creo que Miguel Delibes es quizá quien mejor comprenda y capte al hombre castellano (si bien también habrá tópico en torno a éste), mientras los autores del 98, en este caso Azorín o Unamuno, se han inclinado en general, más por la esencialización del paisaje y lo que él suscita, que por la reflexión en torno a sus gentes.

En otro capítulo de este mismo libro ("Castilla"), titulado "El mar", Azorín nos describe una Castilla alejada del mar y el contraste entre el paisaje de la Meseta y el paisaje Marino. Oposición a la que aludimos antes al hablar de la relación entre Alberti y estos autores.

Por otra parte vuelve otra vez a la visión tan típica de las llanuras, de los yermos, los pedregales, la casuchas miserables y el límpido cielo...

"No puede ver el mar la solitaria y melancólica Castilla. Está muy lejos el mar pedregoso; de estas quiebras aceradas y abruptas de las montañas...

"Las auras marinas no llegan hasta esos poblados pardos de casuchas deleznables, que tienen un bosquecillo de chopos. Se columbra allá en una colina una ermita con los cipreses rígidos, negros, a los lados que destacan sobre el cielo límpido.

"A la vieja ciudad no llega el rumor rítmico y ronco del oleaje; llega en el silencio de la mañana, en la paz azul del mediodía, el cacareo metálico, largo de un gallo...".

En esta misma cita y más adelante vuelve a hacer alusión a los hombres y mujeres de Castilla.

"Esos labriegos secos, de faces polvorrientas, cetrinas, no contemplan el mar: ven la llamada de las mareas, miran sin verla la largura monótona de los surcos en los bancales. Estas viejecitas de luto, con sus manos pajizas, sarmentosas van por las callejas pinas y tortuosas a las novenas; miran al cielo los días borrascosos y piden no que se aplaqué las olas, sino que las nubes no despidan granizos asoladores". (7).

Esta visión azoriniana de los hombres castellanos se acerca bastante a la idea que de ellos nos dará Delibes.

En el fragmento citado anteriormente, podemos ver cómo los hombres y mujeres castellanos son contemplados desde otra perspectiva, no lírica, no literaria, pero también un poco topificada: Hombres y mujeres duros, secos y cerrados como la tierra.

De un modo global, podemos decir que en su libro "Castilla", a cada página surge una nota de nostalgia y cántico a los días y épocas pasadas. Castilla y su paisaje se lo evocan.

Habrá también, en este mismo libro, descripciones de ciudades castellanas, todas ellas con cielo azul, torre de la catedral, olmos, un río, viejas y estrechas calles, caserones con escudos, noches estrelladas y silenciosas... Los ojos de Azorín se vuelven hacia el azul del cielo, hacia el pasado que se ha detenido en las casas, ciudades y pueblos de Castilla.

Del mismo modo encontraremos una larga evocación al paisaje de España. En el capítulo "La vida picaresca" de su libro "El alma castellana" nos dice:

"¡Ah el paisaje de España!... Inacabables y polvorrientos llanos, desesperantes y tristes, sin un árbol, sin una casa, sin una charca, sin un pájaro..."

En este fragmento, en el que España y Castilla se identifican, Azorín nos hace sentir las soledades de las llanuras castellanas: después, más adelante y en la misma cita continuará así: "Despeñaderos al abismo y picachos blanqueados por eternas nieves, venero de claras fuentes que bajan saltando por acequias empedradas de menudas guijas y riegan frondosas alamedas de calado palacio árabe". (8)

En "España (Hombres y Paisajes)", otro de sus libros, encontramos una descripción sobre una ciudad castellana, donde Azorín ha captado en toda su esencia y cotidianidad los quehaceres y pilares básicos de cualquier capital de provincias en Castilla.

"La ciudad está edificada en una ladera; al pie corre un riachuelo...

"Las calles de la ciudad son estrechas y tortuosas; algunas tienen soportales sostenidos por pilastres y antiguas y rotas columnas de piedra..."

"Hay poca industria..."

"Había en la ciudad tres casas poderosas... Los señores del pueblo se reúnen en un desmantelado casino. Allí se habla de política y de las cosechas..."

"Los veranos son ardorosos en esta tierra, y los inviernos muy largos y crueles.
"El cielo está siempre azul. No pasa nada en el pueblo...". (9)

Me parece asombrosa la precisión con que Azorín nos hace sentir "el aire" que se respiraría en cualquier ciudad de esta tierra de Castilla; creo que no haría falta más detalles para hacernos ver y captar la vida y ambientes de estas ciudades.

Meditación y alusiones sobre los pueblos y el pasado castellano los vamos a encontrar a lo largo de toda su obra, pero creemos que para tener una idea de la visión azoriniana de Castilla nos bastarán los fragmentos transcritos de sus obras.

Como último apartado de esta visión general de Castilla, podemos ver la manera en que M. de Unamuno, siente y medita esta tierra.

En su libro "De mi país" y en el capítulo titulado "Alcalá de Henares" Unamuno reflexiona sobre el paisaje castellano en contraste con el de su tierra nativa: Vizcaya.

"Alcalá me ha llevado a comparar el paisaje castellano a nuestro paisaje, y de aquí he pasado a discutir un poco sobre la falta de arte (sobre todo pictórico) en las Vascongadas..."

"Alcalá recuerda a Cervantes. Cervantes recuerda a Don Quijote y Don escuetos y dilatados como el espíritu quijotesco".

Ya tenemos otra vez a Castilla unida a cualidades tan reiteradas y sabidas como:

ardientes
escuetos
y dilatados campos

Si en Azorín Castilla recordaba a Quevedo o Fray Luis, en Unamuno se resumiría en Don Quijote.

"¡Ancha es Castilla! —seguimos leyendo en el texto unamuniano— ¡Y qué hermosa la tristeza enorme de sus soledades, la tristeza llena de sol, aire, de cielo!" (10)

Se diría que en estas frases Miguel de Unamuno derrocha lirismo y vuelca su sentir, su espíritu hacia ese paisaje castellano en el que —coincidiendo con Azorín— ve soledad pero también sol, aire, y sobre todo, sobre todo, cielo. He constante en el paisaje visto y sentido por el 98.

En otro fragmento de este mismo capítulo podemos leer: "La vista se dilata por el horizonte lejano, y el paisaje infunde melancolía tranquila".

Castilla ancha, amplia, sola y triste está envuelta en una melancolía serena y

(9) Azorín, Op. Cit. págs. 902, 903.

(10) M. de Unamuno, De mi País, Colecc. Austral, Espasa-Calpe, Argentina S.A. 1952, págs. 61-65.

quieta. Unamuno, sobre todo la exalta y nos la hace sentir más bella. Es más vehemente, más pasional que Azorín al describir el paisaje y también al sentirlo.

Siguiendo adelante encontramos otro fragmento significativo donde Unamuno se reafirma en sus ideas esenciales sobre Castilla:

"Vi hace ya tiempo, un cuadro cuyo recuerdo me despierta estos campos. Era el cuadro un campo escueto, seco y caliente, un cielo profundo y claro... Vi otro cuadro en el cual se extendía muerto el inmenso páramo castellano a la luz del crepúsculo; en primer término, quebraba la imponente monotonía un cardo, y en el fondo, las siluetas de Don Quijote y su escudero Sancho.

"En estos dos cuadros veo yo a Castilla; sus horizontes dilatados me recuerdan el "¡Sólo Dios es Dios!" y los horizontes dilatados del espíritu de Don Quijote, horizontes cálidos, yermos sin verdura. El cielo es azul todo lo demás terroso". (11)

Más adelante afirmará: "En Castilla el espíritu se desase del suelo y se levanta, se siente un más allá y el alma sube a otras alturas a contemplar sobre estos horizontes inacabables y secos una bóveda azul y transparente, inmóvil y serena". (12)

Unamuno nos da aquí otro elemento, creo yo, menos típico ya, más íntimo, más esencial y real para él: el espiritualismo a que le mueve Castilla. Este espiritualismo unamuniano tendrá mucho que ver —lo resaltaremos de forma más amplia en nuestro último apartado— con la forma de tratar a Avila en sus escritos.

Que en Castilla, y en Avila en concreto, floreciera una gran literatura mística es lo más lógico para Unamuno.

"Comprendo que estos campos hayan producido almas enamoradas, desasidas del suelo o ambiciosas. Místicos como Santa Teresa y San Juan de la Cruz, espíritus inmensos como el de Don Quijote y el Segismundo calderoniano".

Dentro de esa perspectiva lírica y apasionada con la que Unamuno contempla Castilla seguimos leyendo: "Almas sedientas de ideal ultraterreno, desasidas de esta vida triste, llenas de sequedad de este suelo, y del calor de este cielo, ansiosas de justicia pura como el sol, de gloria inacabable. Estos campos despegan del suelo y empapan de luz, hacen amar la calma y llevan fácilmente las blanduras del quietismo". (13)

Como un refugio, como un rincón de consuelo y esperanza, Unamuno, mira, se emociona y vive en esos campos para él secos, (lo son en realidad), pero cálidos, acogedores, que arropan y te elevan hasta el ideal, hasta el sueño...

Campos luminosos por abiertos y suavemente quietos.

Consideramos suficiente la lectura de estos textos para ver más que la forma de pintar Castilla, su forma de sentirla.

En "Andanzas y visiones españolas", vuelve a reafirmar la luminosidad de Castilla, luminosidad que le da el cielo y sus horizontes abiertos.

(11) Unamuno, Op. Cit., págs. 65, 66.

(12) Unamuno, Op. Cit., pág. 67.

(13) Unamuno, Op. Cit., pág. 68.

En el capítulo titulado "Hacia el Escorial" escribe: "El tópico ese de lo sombrío de los pueblos de Castilla es un embuste. Anchas y muy despejadas plazuelas en que niños, ancianos y adultos toman el sol, la gran plaza del mercado con sus soportales, mucho cielo arriba y mucha luz en el cielo... (14)

Quien lea estas líneas puede descubrir fácilmente por un lado la esencia paisajista de Castilla y por otro lo que esta descripción puede recordar a Avila. Después veremos con más profundidad cómo Avila será resumen y símbolo de todo lo que venimos exponiendo.

"Y sube de la tierra una gran serenidad a juntarse con la serenidad que baja del suelo..."

"Recorriendo estos viejos pueblos castellanos, tan abiertos, tan espaciosos, tan llenos de un cielo lleno de luz, sobre esta tierra serena y reposada, junto a estos ríos sobrios, es como el espíritu se siente atraido por sus raíces a lo eterno de la casta". (15)

Además de los tópicos tan reiterados sobre Castilla, Unamuno la ve como "la guardadora" de la esencialidad, del auténtico espíritu de España.

Desde otra perspectiva y con una óptica más crítica, más dura y menos lírica, encontramos en su libro "España y los españoles", y en el capítulo que lleva por título "La soledad de la España castellana", una reflexión sobre Castilla y su alejamiento simbólico y real del mar. En este capítulo Castilla aparece con las cualidades de alejada, sola y cerrada, marcadas negativamente.

"El mar, la marea ha influido poco, muy poco, poquísimo en la mentalidad de los pueblos del interior de España".

"Las cosas marinas, los problemas náuticos apenas interesan en el interior de España y de aquí la mezquindad de sus ideas respecto al comercio de los pueblos y el prejuicio robinsonianeo que persiste en el fondo del español de la meseta". Volvemos a encontrar como antes lo vimos en Alberti, Galdós y Azorín, la oposición mar-tierra adentro. (16)

Hay qué decir, antes de seguir adelante, que la óptica negativa y crítica sobre todo, es utilizada no sólo por Unamuno, sino por casi todos los autores del 98, con respecto a la gente, a los hombres y mujeres de Castilla.

Todo este capítulo sobre Castilla y España tiene un claro matiz político, de protesta y lucha hacia esa España soñada. Castilla sería, en este caso, símbolo de la *cerrazón* a todos los niveles que agobiaría y sofocaría a la España de su época. Es la lucha de Unamuno por abrir nuestras mentes a Europa; por respirar otros aires renovadores.

Más adelante y siguiendo con el mismo tema, Unamuno escribirá:

"Y esa soledad de Castilla, en medio de los campos, tierra adentro, lejos de los mares, ha producido una cierta concepción robinsonianiana que persiste en el

fondo del alma de los pueblos de las mesetas centrales. Creen bastarse, creen poder vivir aislados. Fue dogma aquí mucho tiempo y ha seguido siendo para los más, para todos los que callan, que España debe mantenerse aislada...".

"Para muchos, eso que llaman neutralidad, no es más que el *sentimiento de tierra adentro, paramérico*, de un horaño aislamiento. Es la soledad espiritual". (17)

En estos textos se identifican la "cerrazón" y "apatía" de España con el paisaje castellano (del páramo) y sobre todo, con la costumbre de vida que tienen sus moradores.

Se diría que la tierra castellana tiene una doble vertiente: por un lado, un paisaje que eleva hacia el ideal, hacia lo eterno y espiritual; por otro, una tierra que tira hacia dentro, impidiendo la respiración al aire libre, impidiendo recibir otras luces que no sean las de su cielo.

Si seguimos adelante en este capítulo, podemos descubrir cómo la también tópica "sobriedad" castellana es para él, sinónimo de "siesta" y "modorra".

"...que no nos bastamos para alimentarnos y sostenernos como gente civilizada y que a pesar de la tan celebrada y fatídica sobriedad castellana —esa *sobriedad gemela de la siesta*— no podemos vivir sin los otros". (18)

Hay identificación de Castilla y España a través de estas líneas en las que podemos ver cómo los páramos de tierra adentro le sirven para comparar la situación cultural y política de su patria, y cómo la lejanía del mar la impide respirar nuevos aires.

Si hojeamos otro de sus libros, por ejemplo, "En torno al casticismo" descubriremos, además de una interpretación del significado histórico de Castilla en la formación de la nacionalidad española, el análisis del paisaje geográfico y humano de Castilla. El alma castellana aquí es ansalzada en sus virtudes con apasionado elogio, pero también —ya lo hemos mencionado antes— es criticada con tremenda y dura exactitud en sus defectos.

Con respecto al paisaje, volvemos a encontrarnos con esos campos ardientes y dilatados, con ese paisaje cuajado de luz y soledad. Estamos, pues, ante el tópico paisaje castellano del que tanto venimos hablando.

"¡Ancha es Castilla! Y qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo. Es una paisaje uniforme y monótono en sus contrastes de luz y sombra...".

"Este paisaje no despierta sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, ni sugiere sensaciones de comodidad y holgura concupiscible... No evoca su contemplación al animal que duerme en nosotros todos".

"Nos desase más bien del pobre suelo, envolviéndonos en el cielo puro, desnudo y uniforme".

"Es un paisaje monoteístico, este campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre". (19)

(14) M. de Unamuno, *Andanzas y Visiones Españolas*, Colecc. Austral, Espasa-Calpe, 6.^a Edición, Madrid 1959, pág. 47.

(15) Unamuno, *Op. Cit.*, pág. 48.

(16) M. de Unamuno, *España y los Españoles*, Afrodisio Aguado, S.A. Editores libreros, Madrid 1955, págs. 152, 153.

(17) Unamuno, *Op. Cit.*, págs. 154, 155.

(18) Unamuno, *Op. Cit.*, pág. 157.

(19) Miguel de Unamuno, *En torno al casticismo*. Colec. Austral, Espasa-Calpe, S.A., 4.^a Edición, Madrid 1957, pág. 54

Se desprende de todo lo expuesto una clara y patente visión unamuniana de Castilla y su relación con lo espiritual, con la búsqueda del "más allá", de la trascendencia.

Nos faltaría por abordar otro punto que hemos venido mencionando en el transcurso de este estudio: *La visión de Castilla desde la perspectiva del novelista Miguel Delibes*.

Ya hemos visto cómo los autores del 98, adoptan ante el campo y serranía españolas y sobre todo las castellanas, una actitud paisajista y lírica.

Frente a esta postura se puede colocar otra: la interesada no tanto en el paisaje como en los hombres que lo habitan. Estos hombres aparecerán desprovistos de todo mito histórico (ya no van a recordar al Cid, ni a nuestros clásicos...) y el paisaje será visto también de un modo más real, menos idealizado y menos esencializado en definitiva. El paisaje influye y moldea a sus hombres; les hace concebir la vida de una forma peculiar, al igual que la muerte.

Desde este punto de vista podemos afirmar que Miguel Delibes se encuadraría en la segunda postura, es decir, su mirada sin dejar de ser *tierna* con su tierra, se nos aparece *dura, crítica y desmitificadora*. No obstante, encontraremos también en su literatura, bastante carga de protesta y reivindicación por Castilla y su situación pobre, destatada y misera.

Se puede decir por tanto, que la obra de Miguel Delibes ha contribuido a descoser el velo noventayochista del paisaje castellano, para descubrirnos en sus novelas otro paisaje: El de *día a día*, más prosaico y cotidiano.

Por otra parte Delibes nos hace observar, analizar, pero también comprender, amar y defender a los hombres de los pueblos castellanos. La visión de Delibes se centrará más en los hombres y mujeres de la Castilla campesina y urbana.

En su libro, "Castilla, lo castellano y los castellanos", Delibes afirmó que el cielo es el gran protagonista de Castilla.

Este cielo de Castilla está visto de modo distinto a como lo veían Azorín y Unamuno, ambos entusiasmados por ese azul tan profundo del cielo castellano, lo miran con ojos más poéticos y literarios; a través de él, se sienten trasladados a otros mundos más espirituales, eternos y pasados...

En Miguel Delibes, el cielo es sinónimo de "elemento poderoso" y sumamente influyente para la tierra. Así, en el libro antes mencionado,

"El cielo, el tiempo es el protagonista de Castilla; el clima es un factor muy influyente y la inseguridad atmosférica ha originado en el castellano (labrador sobre todo) una segunda naturaleza basada en la desconfianza" (20).

Por otro lado, la amplitud de sus campos, la sensación de infinitud que vimos exaltada en el 98, provoca en Castilla otras sensaciones que explicarán sus actitudes ante Dios y la religión. Su impotencia frente al cielo, la conciencia de su insignificancia en un paisaje infinito, acentúan la religiosidad del castellano,

(20) Miguel Delibes, *Castilla, lo castellano y los castellanos*, Editorial Planeta, Barcelona, pág. 42.

una religiosidad activa que se muestra en tradiciones y fiestas, pero con un ingrediente de interés.

El paisaje sobrio, sin adornos, del que tanto gustaban Azorín y Unamuno y que los llevaba a reflexiones espirituales, hace que el castellano sea propenso a aceptar lo mágico, lo milagroso y la superstición. Su religiosidad se carga así de mitad fe, mitad superstición, fanatismos e interés.

Verá también Delibes una Castilla, sobre todo en su campo, *sumisa*, manejada por la arbitrariedad de algún cacique...

Todo esto será debido a su escasa ilustración, y a la incultura que de modo general reside en estas tierras.

En este sentido, podríamos recordar los siguientes versos de Machado:

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora (21)

Por otro lado, hay que decir que Miguel Delibes coincide con los autores del 98 en afirmar que las viejas ciudades castellanas, "constituyen auténticos museos... felices documentos de un pasado glorioso..." (22).

También afirmará en este mismo libro, coincidiendo con la visión de Unamuno sobre el hombre castellano, que "en Castilla se dan hombres íntegros, apegados a su medio, a sus costumbres, que desprecian lo inventado y todo aquello que se aparta de su reducido círculo vital..." (23).

Como podemos ir viendo, hay puntos comunes entre los autores del 98 y el novelista vallisoletano pero tendremos, en el caso de Delibes, enfoques distintos y explicaciones al respecto menos líricas e idealizadas.

Esta visión menos idealizada, guarda estrecha relación con otro gran autor del 98, un poeta, Antonio Machado. La visión castellana de Delibes tendrá precedentes en la literatura sobre Castilla, de Machado. Las ideas sobre *Dios*, la *religión* o el *paisaje*, en Delibes, se rastrearan ya en la colección de poemas machadianos, titulados "Campos de Castilla".

En uno de estos poemas, "El Dios Ibero", Machado dice:

"Igual que el ballestero
tahúr de la cantiga,
tuviera una saeta el hombre íbero
para el Señor que apedró la espiga
y malogró los frutos otoñales,
y un "gloria a tí" para el Señor que grana
centenos y trigales
que el pan bendito le darán mañana.
Señor de la ruina,
adoro porque aguardo y porque temo..."

(21) Antonio Machado, *Poesías Completas*, Colec. Austral, Espasa-Calpe, S.A. Madrid 1940, pág. 79.

(22) Miguel Delibes, *Op. Cit.*, pág. 81.

(23) Miguel Delibes, *Op. Cit.*, pág. 105.

¡Oh dueño de la nube del estío
que la campiña arrasa,
del seco otoño del helar tardío,
y del bochorno que la mies abrasa!" (24)

Hay una total fusión e identificación para el castellano, entre Dios-Cielo, a la vez que una total y completa dependencia.

Estos rasgos plasmados en los versos de Machado, serán los que encontraremos en la literatura castellanista de Miguel Delibes. Podemos decir, pues, que dentro del 98 será Machado quien vea a Castilla menos topificada, menos idealizada y más a la manera en que la verá después Delibes.

A Castilla la descubrieron y la hicieron los del 98. Ellos la exaltaron y después sólo se ha visto a través de sus escritos y de lo que de ellos se dice en los libros de texto.

Sus ideas, sentimientos y visiones, se han repetido después y así, de este modo, se ha ido topificando.

La forma de acercarse y fundirse con Castilla, con la Castilla típica, más prosaica y dura, por parte de Miguel Delibes, es la que rompe con el tópico de la Castilla noventayochesa.

De cualquier forma creemos que ambas visiones se complementan y nos dan una idea bastante *exacta* y *profunda* de lo que es Castilla.

AVILA COMO TOPICO LITERARIO EN LA LITERATURA DE GALDOS, AZORIN Y UNAMUNO.

Como último y más esencial apartado de este trabajo es el que titulamos "Avila como tópico literario en la literatura de Galdós, Azorín y Unamuno".

En las páginas anteriores, hemos intentado dar breves ideas sobre la visión que de Castilla tiene el 98 en general y algunos de sus autores en particular y, por otra parte, contrastando con todo lo anterior, la visión de Castilla por otro de sus estudiosos actuales: Miguel Delibes.

Avila como parte de Castilla, responde bastante bien a esos esquemas generales o tópicos que hemos venido perfilando. Sin embargo, ahondando un poco más en las obras de los tres autores elegidos para la elaboración de este trabajo, descubriremos que hay "notas" especialmente dedicadas o asociadas a Avila.

Así pues, nuestra última pregunta o nuestro último objetivo sería el siguiente: ¿Cómo ven Avila Galdós, Azorín y Unamuno en sus escritos? o ¿cómo influye Avila y lo que ella implica en la literatura de estos hombres?

Avila aparecerá muchas veces y en muchas ocasiones en la literatura de estos hombres, pero lo que realmente nos va a interesar es qué rasgos simbólicos hacen de ella una ciudad distinta de las demás castellanias, y qué

(24) Antonio Machado, *Op. Cit.*, pág. 81.

emociones y sentimientos despierta en cada uno de nuestros novelistas.

Con respecto al primero de nuestros autores, Galdós, ya apuntamos antes que su obra está concretizada sobre todo en Madrid, y desde aquí, desde Madrid contempla, analiza y nos describe la España del siglo XIX. Sin embargo, hay una novela de entre su extensa producción, en la que Galdós nos habla de Avila, y más que hablar en el sentido de describirla o contar sus emociones como harán Azorín y Unamuno, el gran novelista del XIX, utiliza los rasgos físicos y morales de Avila para contraponer dos mundos, dos ideas, dos espíritus...

Estamos hablando de la novela galdosiana titulada "La familia de León Roch".

Leyendo esta novela, observamos cómo la mirada de su autor recoge una visión distinta de Avila, que se opondrá a la visión de Azorín o Unamuno.

Avila se nos aparece en esta novela galdosiana desde una perspectiva más crítica, dura y negativa.

En "La familia de León Roch" aparecen dos ciudades claramente contrapuestas: Avila y Valencia.

Avila, ciudad de los santos y de los caballeros (visión topificada); Valencia, ciudad industrial y de comercio. Avila, símbolo de lo aéreo, viejo y tradicional; Valencia, símbolo de la técnica, el progreso y lo novedoso.

De Avila, la *amurallada*, viene la familia de la protagonista femenina de nuestra novela: María Egipciaca; de Valencia, la *marítima*, el oponente masculino: León Roch.

Son significativos ya los calificativos opuestos que toman las dos ciudades en esta novela. Una, la amurallada Avila, implica cerrazón; la otra, la marítima Valencia, libertad.

En este sentido es preciso observar cómo Galdós relaciona el mar con horizontes abiertos y llenos de ideas de *libertad, tolerancia y progresismo*, al igual que vimos hacia Alberti al recordar su bahía gaditana estando en Castilla. Para Alberti, el mar en Cádiz y los campos de trigo en Castilla, simbolizarán la libertad soñada.

Siguiendo con la novela de Galdós hay que decir que en ella se van a presentar dos mundos contrapuestos: misticismo, contemplación y tradición, frente a ciencia, acción y actualidad. El conflicto entre estos dos mundos, simbolizados por Avila y Valencia respectivamente, se estudiará a través del matrimonio entre León Roch y María Egipciaca. A través de estos personajes y sus ideas, Galdós nos enseña el conflicto religioso e intelectual que sufre España en esos momentos. Sin embargo lo que a nosotros nos va a interesar, es subrayar cómo para Galdós, Avila simbolizaría la intolerancia, el fanatismo e hipocresía, y la *tradición* en su connotación negativa, vigentes en la España tradicional del siglo XIX.

Avila aparece así, como el lugar donde nacen y se educan dos personajes importantes de la novela: María Egipciaca y Luis Gonzaga, su hermano. María Egipciaca, su mundo, su familia y costumbres, representarían todos esos calificativos que simbólicamente se englobarían en Avila.

En la estructura interna de la novela, se nos muestra la interrelación mutua de cuatro personajes:

—León Roch-Pepa Fúcar, simbolizando el liberalismo; vienen los dos de Valencia.

—Luis Gonzaga-María Egipciaca, simbolizando el tradicionalismo; vienen de Avila.

Luis Gonzaga y María Egipciaca pasan su niñez en Avila. Esta ciudad representará para Galdós un arquetipo de hispanismo, es decir una *forma de ser de los españoles y de España*. Temporalmente Avila se halla relacionada con la historia de la mística española. Espacialmente es un paisaje de una determinada conformación espiritual (páramos, soledades, sin adornos... austera y sola).

En este ambiente, coloca Galdós a los dos personajes a través de los que vamos a contemplar las pautas de vida de buena parte de la sociedad española, inmersa en hipocresías, engaños y "buenas apariencias".

Frente a la ideología tradicional-conservadora, estará otra, vigente en la época: el *krausismo*.

Para el krausismo, humanizar es educar. En el fondo de todo krausista genuino alienta, pues, un educador. Tienen como norma mantener en todo momento y lugar los fueros de *la razón, la verdad y la honradez*. Esta es, en sus rasgos principales, la misma pauta que adoptará León Roch.

Estas ideas se oponen de forma total al mundo de María Egipciaca, donde la razón es sustituida por la superstición y el fanatismo religioso, la verdad por los engaños y falsas apariencias a todos los niveles, y la honradez por la hipocresía, la astucia, la manipulación de las ideas para conseguir mantener unos privilegios.

En "La familia de León Roch", Galdós se propone —según López Morillas— mostrar lo que le sucede "a la idea pura" cuando baja a la plazuela pública para convertirse en "ideología aplicada" (25).

En esta novela también se nos demuestra, que la norma de conducta ejemplificada en León Roch y su mundo, no es practicable porque su realización tropieza con resistencias imprevistas, prejuicios insensatos e intereses creados. No sólo María Egipciaca es refractaria a toda enseñanza, sino que es ella la que a su vez intenta catequizar a León Roch, o cuando menos, de imponerle "las buenas formas" de una hipócrita devoción elegante.

Galdós, en esta novela, nos pone de manifiesto *la beatería, hipocresía y superstición de la época*. Estos tres calificativos responderían muy bien a las normas de conducta de la mayoría de las capitales de provincia españolas. Normas que hay que acatar para ser "bien visto" en la sociedad que el gran novelista del XIX nos retrata a través de sus obras.

En el libro "La idea religiosa en la obra de Pérez Galdós", Stephen Scatori (26)

(25) López Morillas, *Hacia el 98: Lit. Sociedad, Ideología*, Edic. Ariel, Esplugues de Llobregat, Barcelona.
(26) Stephen Scatori, *La idea religiosa en la obra de Pérez Galdós*, Bibliothèque Franco-Américaine, 1927.

nos afirma que entre los problemas que han agitado la España moderna, el de la religión es el más grave. Desde la revolución de 1868, la cuestión religiosa ha sido el grito de batalla de los librepensadores por un lado y de los cléricales por otro.

Es decir, tenemos otra vez en pugna a las dos Españas, que en la novela en la que nos basamos están representadas por dos ciudades antes mencionadas: Valencia y Avila. Valencia, León Roch, Pepa Fúcar... están representando la España progresista y liberal y Avila, familia Tellería, mundo cerrado, intolerante... están representando la España conservadora, fanática e intransigente.

Era necesario y creemos que importante, dar una idea general, aunque sin profundizar mucho, de la materia que Galdós trataba en esta novela y de todo aquello que critica y contempla en la sociedad de la Restauración española. Sin embargo lo que a nosotros más nos interesa son las posibles respuestas a algunos interrogantes como: ¿Por qué Galdós escoge Avila para simbolizar las raíces espirituales y morales de María Egipciaca? y ¿Qué tiene Avila para simbolizar de un modo más o menos aproximado las bases o pilares de la España tradicional que el novelista ataca?

Es posible pensar que Galdós escoge como "matriz espiritual" de María Egipciaca y Luis Gonzaga de Tellería a Avila porque, como se indicó ya antes, su situación temporal y espacial la relacionan con la historia de la mística española por un lado y por otro con un paisaje o entorno geográfico, que implicaría espiritualismo y austeridad; estatismo en las cosas y las formas que la rodean. Este inmovilismo estaría plasmado en la visión pétrea, desnuda y quieta de una parte de su paisaje.

La quietud y desnudez de sus páramos hacen que el contemplador, se vea inmerso en un mundo que ya era tópico de Castilla: en el mundo austero, duro y reconcentrado, donde sin embargo brotarían ansias místicas y anhelos quijotescos, de igual manera el que contempla este paisaje puede sentir, por otra parte, como su alma se carga de sensaciones lúgubres y oscuras, como se va encogiendo ante la infinitud de sus campos y como se va dejando aprisionar por la falta de aire que podría suscitar ese estatismo, esa monotonía desolada nunca rota por un árbol, un charco o un pájaro, como afirmaba Azorín.

De alguna forma este paisaje del centro de Castilla, pesa a veces en el espíritu y siempre será elemento conformador de la vida y las ideas de los hombres que lo habitan.

Este paisaje pedregoso y frío, lo tomó Galdós como marco físico que favorecería "el yo moral" de María Egipciaca, la cual en su novela será el símbolo de todos los valores, sobre todo en materia religiosa, de los que alardea la España tradicional.

La sociedad hipócrita, frívola, e irresponsable y hueca, además de intolerante y fanática con su religión, está presente a lo largo de todas las páginas de esta novela. Por ejemplo, Joaquín Onésimo, funcionario público, protesta contra la apertura y entrada de ideas y costumbres extranjeras que contaminarían el aire católico y puro de España:

"...Luego no quieren que truene yo y vocifere contra esos hábitos modernos

y extranjerizados que han quitado a la mujer española su modestia, su cristiana humildad, su dulce ignorancia, su sobriedad, su recato..." (27).

Frente a estas ideas León Roch va a decir: "Me son incompatibles los caracteres de esta zona social donde mi padre me hizo venir".

Por otra parte, es significativo e importante señalar el modo en que Galdós nos presenta a María Egipciaca en su primera etapa de vida, pues será la única y más explícita referencia a Ávila que encontraremos en la novela. Después la imagen de Ávila estará recogida simbólicamente en este personaje femenino, su familia y sus costumbres.

"Crióse María en un pueblo próximo a Avila, con su abuela materna, señora de grandísima terquedad y tiesura..."

"Al amparo de esta noble señora que a los sesenta años tuvo la abnegación de trocar las vanidades del mundo por la estrechura de una casa rústica, el lujo y el bullicio por la horaña soledad de un páramo..."

A Galdós le interesa recalcar los aspectos externos del paisaje que configurarán las pinceladas internas del alma de María Egipciaca, al igual que la primera persona que inculcó el fanatismo y la hipocresía que después veremos en el entorno en que se mueve la familia Tellería.

Más adelante, el autor hace hincapié en la pobreza intelectual que rodea a esta mujer en sus primeros años, en la cerrazón cultural en la que vive:

"Sabía leer bien, escribir mal, y recitaba la doctrina sin perder una coma. A excepción de algunas ideas gramaticales y geográficas que le inculcó una maestra de gran sabiduría, todo lo demás lo ignoraba...".

"Compañero en aquel período de su vida en el páramo fue su hermano gemelo Luis Gonzaga. Paseaban juntos por *los horribles pedregales abulenses*...".

Como vemos en los textos de arriba, Galdós nos sitúa a los hermanos Tellería en un ambiente físico cerrado e inhóspito, es decir, en lo que él calificó ya significativamente de "horribles pedregales". El autor, si seguimos leyendo, insistirá en la descripción del ambiente en estos términos: "Leían a menudo vidas de Santos, única lectura que en aquellas soledades era posible" (28). "Aridas tierras" ...

"Aridas tierras" y "un país casi desértico lejos de toda humana sociedad" serán otros calificativos utilizados por Galdós en su descripción de aquella que en aquellas soledades era posible" (28).

De todo esto que venimos diciendo se puede desprender que Avila, cuna del misticismo por excelencia, funciona en la novela galdosiana como un elemento conformador del espíritu, de las ideas religiosas, morales y sociales de la protagonista femenina. A través de ella Galdós retratará todos los valores vigentes de la España tradicional.

Por su relación con la mística y con la esfera espiritual, es lógico el hecho de que Galdós escoja Avila y su entorno para tratar de un modo concreto el conflicto religioso que se nos plantea entre el matrimonio "León-María Egipciaca". Ahora

(27) B. Pérez Galdós, *Obras Completas*, tomo I, Aguilar, S.A. Edic. Madrid 1973, pág. 787.
 (28) B. Pérez Galdós. Op. cit., pág. 799.

160

bien, ese problema tiene en el fondo un marco más amplio en el que está inserto: la pugna de las dos Españas; el choque de ideas y valores entre progresistas y conservadores.

Desde esta perspectiva, la de las dos Españas, Galdós también tomará, si bien de forma sugerida y no explícita, como símbolo de lo tradicional y conservador a Avila.

Podemos concluir, y así aclararemos mejor esta última relación Avila-España tradicional, que además del tan manido tópico sobre el misticismo de Avila, Galdós la hace *portadora de un seudomisticismo*, lleno de beatería, intransigencia e hipocresía.

Por otra parte, la ciudad amurallada que antes mencionamos en contraste con la marítima Valencia, simbolizaría muy bien las ideas tradicionales españolas y la carga de cerrazón a todos los niveles que éstas implicarían.

Las murallas de Avila rodean a la ciudad, la protegen y la encierran. De igual modo *estas murallas* pueden servir simbólicamente como defensoras de cualquier ataque "progresista", contra los privilegios y esencias de nuestra "España", la España católica, "de charanga y pandereta, cerrado y sacristía" que cantaba Machado en sus poemas "El mañana efímero".

Como Avila, está cerrada esa España tradicional, fanática, intolerante y frívola.

En el segundo de nuestros autores, es decir, en Azorín y en su libro "Castilla Avila aparecerá reseñada en los capítulos titulados "El primer ferrocarril castellano" o en "Ventas, posadas y fondas" donde recuerda con nostalgia la ermita de San Segundo de nuestra ciudad:

"¿Habrá una vieja ermita junto al río como la de San Segundo en Ávila?" (25).

Son muchas las referencias sobre Avila que vamos a encontrar en la literatura azoriniana y siguiendo los datos al respecto que en su conferencia "Azorín", nos da el profesor Pérez Moreta, (30), podemos recoger ideas como que: "Hacia 1910 Azorín se interesa por Avila"; o como que Avila en su libro "La voluntad", es comparada con Yecla y que en definitiva Avila está presente y sugerida en las pinceladas literarias que hace del paisaje y costumbres castellanas.

Por otra parte y al margen de las veces que Azorín nombra a Ávila en su literatura, podemos descubrir como para este gran maestro del 98, la ciudad de Ávila, sus calles, su cielo, su paisaje, su silencio y sus piedras... guardan más vivo y siempre eterno el recuerdo del pasado clásico español. Es decir, Ávila para Azorín sería "la llave" que abre la puerta del tiempo pasado, ya que en ella se remasan y duermen las esencias de nuestros siglos clásicos.

En otro sentido, Avila será también para Azorín el símbolo de lo místico: Avila cuna del misticismo.

En las páginas anteriores hemos ido viendo, como no solo el paisaje castellano inducía a anhelos místicos y quijotescos. De su libro "El alma

(29) Azorín, *Obras completas*, tomo I, Aguilar S.A. Edic. 1975, Madrid, pág. 909.
 (30) J. Pérez Moreta, *Temas Abulenses: Azorín*, Inst. de Investigaciones y Estudios Abulenses
 "Gran Duque de Alba", Avila 1974.

castellana" y en el capítulo titulado "Los conventos" podemos leer: "Las almas más energicas, más grandes, más españolas de los siglos pasados están en los conventos. Lecciones provechosas, fecundas lecciones de fe y entusiasmo puede tomar el artista en las vidas de *Teresa de Jesús y Juan de la Cruz*...".

A través de Teresa de Avila y Juan de la Cruz (máximo representante de la poesía mística española), Azorín analiza y saborea las bases de nuestro misticismo y del misticismo castellano que, sobre todas las demás ciudades, estaría evocado de forma poderosa en Avila. Más adelante veremos ideas paralelas en los escritos de Unamuno sobre las sensaciones que le suscita lo abulense.

En el mismo capítulo que indicamos antes, seguimos leyendo: "Todo el genio de la raza está aquí. No es inactivo, silencioso y absorto el misticismo español. Es religión batalladora, inquieta, andariega..."

"¿Hay espíritu español más *energico e indomable* que el de la mujer de Avila? (31).

Las líneas con las que se cierra este capítulo constituyen un apasionado elogio de la Santa de Avila. Lo interesante aquí, pues, sería que Azorín ve el misticismo español como un aspecto trascendentalísimo y fecundo del alma española y que este misticismo se ve simbolizado por un lado en una mujer: Teresa de Avila, y por otro en una ciudad castellana: la nuestra, Avila.

El tema del "tiempo" en la literatura de Azorín es fundamental, y un apartado de esta temática general lo encontramos en su gusto por la evocación de épocas pasadas, sobre todo de nuestro Siglo de Oro. También aquí y en este sentido hay referencias directas a Avila, mostrándonosla como un lugar donde "el pasado", sentido literariamente claro está, no se ha dejado morir. Avila es la ciudad donde pervive de forma constante y evocadora todo nuestro pasado clásico: La Edad Media por un lado y por otro el Renacimiento.

De la misma conferencia del profesor Pérez Moreta que mencionamos antes, tenemos unas líneas muy significativas en torno a este tema: "Avila es, entre todas las ciudades, la más siglo XVI. Se llama Avila de los Caballeros. Todo evoca en la ciudad a Felipe II y a los Reyes Católicos. Felipe II tenía predilección por Avila..." (texto sacado del discurso pronunciado por Azorín en su ingreso en la Real Academia).

Se diría que Azorín al contemplar Avila sueña con los paisajes, pueblos y habitantes de la España medieval y de los siglos XVI y XVII. Rebuscando en sus escritos sobre sus ideas del pasado español, encontramos que para el maestro Azorín la grandeza del siglo XVI se debería tanto a la *expresión de sus místicos* como a las hazañas políticas e históricas, y opina que se puede aprender más Fray Luis de Granada que con el estudio de la Historia.

Si indagamos en otro de sus libros "Una hora de España", en el capítulo dedicado exclusivamente a Avila podemos leer sobre nuestra ciudad lo siguiente: "Las murallas, con sus ochenta y ocho torres ciñen el caserío y forman un ámbito perfectamente cerrado". Este ámbito cerrado que señala y evoca

Azorín lo vimos con una carga simbólica de conservadurismo y poco afán de apertura en el apartado de Galdós.

Más adelante, en el mismo libro citado, nos encontramos con una idea azoriniana sobre Avila, esencial e importante para nuestro trabajo:

"Corresponde Avila al modo y carácter de Felipe II; la piedra de sus edificios es cárdena, ceniciente. Todo es severo y noble en la ciudad" (32).

Aquí estamos ante una identificación de Avila con un período de nuestra historia, la época del Renacimiento en que florece el Misticismo, y con un carácter y personaje real, Felipe II.

Si atendemos a las ideas que sobre Felipe II hay, encontramos "etiquetas" del mismo tipo: *austeridad, rectitud, voluntad férrea, defensor a ultranza del catolicismo...* Cualidades que de algún modo Azorín va a asociar con el carácter físico y también moral de Avila. Al lado de todas estas ideas tenemos otro concepto unido a la tierra abulense: el de *señorial y aristocrático*. Este aire refinado, estilizado y noble que Azorín ve en Avila se puede ver plasmado en frases como éstas:

"Avila sugiere la idea de una Atenas Gótica. Avila se considera por encima de los monarcas. Los monarcas salen de la vida regia por Avila y no pueden entrar en la vida regia sin Avila. El ambiente es aristocrático".

Sin abandonar aún el capítulo dedicado a Avila, pero ya al final del mismo, Azorín vuelve a reafirmar y concretizar en Avila tres notas esenciales y atractivas que él vió en Castilla, la médula de España.

"En Avila existen muchas plazuelas. Las *plazuelas* son el encanto de las viejas ciudades españolas. El *silencio*, hoy en las plazuelas es profundo. Lo gris de la piedra hace resaltar más *lo azul del cielo*" (33).

Podemos encontrar muchas más referencias a Avila en este libro, donde también aludirá a Teresa de Jesús en el capítulo XVI, titulado "Una religiosa". El ambiente que rodea a esta religiosa es pintado por Azorín en frases tan sencillas como sugerentes:

"Una religiosa y su compañera salieron por la mañana de otro pueblo. Han caminado durante todo el día. El viento sopla frío por la llanura. La religiosa va un poco enferma. No cesa de caminar por toda España la buena religiosa".

Siente simpatía Azorín por la Santa de Avila de quien seguirá diciendo:

"La buena religiosa va de pueblecito en pueblecito de ciudad en ciudad. Para todos tiene palabras afectuosas. Sus ojos son negros y redondos, *alegres y graves a la vez*" (34).

En el capítulo IV que lleva por título "El que sabía los secretos" Azorín nos describe una panorámica pequeña y escueta de Avila, pero lo bastante sugerente como para poder imaginar ese día otoñal abulense en nuestro interior.

(31) Azorín, *Op. cit.*, pág. 346.

(32) Azorín, *Una Hora de España*, colecc. Austral Espasa-Calpe, S.A., Madrid 1976, pág. 30.

(33) Azorín, *Op. cit.*, págs. 31 y 32.

(34) Azorín, *Op. cit.*, pág. 60.

"Todas las tardes, en los momentos del crepúsculo, sale de su casa este caballero. Es muy anciano. La casa está rodeada de árboles... Desde el camino, frente a la casa, se divisa a lo lejos la ciudad que emerge de las negras murallas. Y sobre los caserones, las cúpulas y los campanarios se eleva la torre de la catedral. Avila, en la colina de oscura piedra, reposa en la serenidad de la tarde. El campo desnudo en estos días de otoño, se extiende en suaves ondulaciones pardas hasta la lejanía azul de las montañas" (35). De la lectura de todo este capítulo, se puede desprender que para Azorín Avila sería un rincón ideal para el encuentro con la soledad interior, con el silencio y serenidad que emanarían de esas callejuelas donde siempre parece soñar el espíritu, y el alma de otros tiempos.

En otro de sus libros sobre el ambiente abulense, titulado "Un pueblecito - Riofrío de Avila", se recrea y nos recrea en el paisaje de un pequeño pueblecito de la provincia de Avila: Riofrío.

Para hablarnos de este pueblo, Azorín se basa en las opiniones que de él dará Jacinto Bejarano Galavis y Nidos, cura párroco de San Martín, de la villa de Arévalo, en el obispado de Avila.

Azorín nos sitúa a Jacinto Bejarano en este pueblecito abulense de la siguiente forma:

"Nuestro autor se halla en un pueblecito, casi una aldea, de la tierra de Avila. Se halla el pueblecito en lo hondo de un barranco y el sol apenas traspasa las altas montañas y desliza sus luces hasta la techumbre de las casas. *El diminuto pueblo es frigidísimo*" (36).

En el capítulo del mismo libro titulado "Las mulas" Azorín recuerda... "Los crepúsculos radiantes de estas tardes claras de Castilla (en Avila, desde lo alto de sus murallas, frente al valle Amblés)" (37).

Si seguimos adelante en la lectura de este libro encontramos más detalles y descripciones sobre el paisaje, costumbres y hombres de Riofrío.

Da la sensación de que a través de Riofrío, Azorín va a oponer la quietud y la paz de este pueblo abulense frente al bullicio de grandes ciudades como París o Madrid. En este sentido podemos leer:

"¿Qué tendrán las grandes ciudades que tan escasamente irradian su civilización a su alrededor? Viva Bejarano en Riofrío de Avila, pero no viva en los aledaños de la corte de España" (38).

En el capítulo titulado "Respuesta de Bejarano" Azorín nos da otra vez una minuciosa descripción de Riofrío por labios de su cura-párroco: Bejarano.

"El lugar está metido y encerrado entre escabrosas montañas; pero situado en llano o vega. Hablando metafóricamente es un seno del valle Amblés. Sus cumbres y cordilleras, manifiestan un semblante horrible, imagen de la desolación" (39).

(35) Azorín, *Op. Cit.*, pág. 24.

(36) Azorín, *Un Pueblecito - Riofrío de Avila*. Colec. Austral, Espasa-Calpe, 5.^a edición. Madrid, páginas 21.

(37) Azorín, *Op. Cit.*, pág. 33.

(38) Azorín, *Op. Cit.*, pág. 67.

(39) Azorín, *Op. Cit.*, pág. 116.

Si seguimos buceando en las obras azorinianas encontraremos más referencias a Avila pero creemos que puede bastar como ejemplo todo lo que hemos venido reseñando. De ello se desprende fácilmente que para el maestro Azorín, Avila sería símbolo de:

—Tiempo pasados llenos de historia y cultura, sobre todo religiosa y, por otro lado, enlazando con el tema de la pervivencia del pasado, Avila sería también la ciudad quieta, cerrada y recogida por excelencia, donde el silencio y el tiempo pasan al igual que las nubes en su cielo: suave y serenamente.

En los escritos de Unamuno, el tercero de nuestros autores, al igual que en los de Azorín, hay muchas referencias a Avila y su paisaje. Sin embargo si Azorín se para en meditaciones sobre el misticismo y el pasado clásico, contemplando Avila, Miguel de Unamuno la contempla a través de sus ideas sobre lo espiritual y lo eterno de las cosas y las gentes.

Avila en Unamuno sería símbolo de esa concepción espiritualista de la vida, de esa visión idealista y limpia de la realidad que vio él en las líneas del Quijote.

El espiritualismo unamuniano tiene mucho que ver con Avila.

En su libro "Andanzas y visiones españolas" y en el capítulo "Hacia el Escorial" hay alusiones a Avila, sus pueblos, sobre todo Arévalo, y su historia allá por el siglo XV. De este viaje por tierras de Arévalo, y al final del capítulo podemos leer lo siguiente:

"Recorriendo estos viejos pueblos castellanos, tan abiertos, tan espaciosos, tan llenos de cielo y llenos de luz (recordemos los tópicos de amplitud, cielo y luz de Castilla que hemos venido viendo), sobre esta tierra serena y reposada, junto a los pequeños ríos sobrios, es como el espíritu se siente atraído por sus raíces a lo eterno de la casta" (40).

La quietud, la serenidad y el silencio que invitarían al hombre a recogerse en su interior, a reunirse con su otro "yo" espiritual y eterno, las encuentra Unamuno en el paisaje castellano en general y en el ambiente de Avila en particular.

Por otro lado si analizamos los escritos de Unamuno sobre la mística, al igual que hicimos con Azorín, observamos en ambos ideas comunes al respecto. Si Azorín veía la mística como "algo transcendentalísimo y fecundo del alma española", Unamuno en "En Torno al Casticismo" afirma:

"En ninguna revelación del alma castellana que no sea su mística se entra más dentro en ella, hasta tocar a lo eterno de esta alma, a su humanidad..." (41).

Para ambos autores (Azorín y Unamuno), la mística es elemento esencial del espíritu castellano y en ambos este espíritu no estará mejor sintetizado y vivificado que en Santa Teresa de Jesús y en Avila.

Hablando de Teresa de Avila, Unamuno en el mismo libro nos dice:

"La casta de la reformadora será fanática, no supersticiosa. No cayó en el desprecio de la razón y de la ciencia por abuso de ellas. Buscaban libertad interior bajo la presión del ambiente social y el de sí mismos..." (42).

(40) Unamuno, *Andanzas y Visiones Españolas*, Colec. Austral Espasa-Calpe. Madrid 1955, pág. 48.

(41) Unamuno, *En Torno al Casticismo*, Colec. Austral Espasa-Calpe. Madrid 1957, pág. 97.

(42) Unamuno, *Op. Cit.*, pág. 104.

También igual que Azorín, verá en la mística algo más que la "pura contemplación" o "el escapismo a nivel socio-político". Pero éste sería otro tema interesante para estudiarlo en otro momento y en otras páginas.

De Avila y su visión espiritual, mística, eterna y tradicional, podemos encontrar numerosos fragmentos en la literatura de Unamuno.

Así por ejemplo en el capítulo titulado "Frente a Avila" de su libro "Andanzas y visiones españolas", podemos recoger las siguientes ideas:

"Viendo a Avila se comprende cómo y de dónde se le ocurrió a Santa Teresa su imagen del castillo interior, de las moradas y del diamante. Porque Avila es un diamante de tierra berroqueña dorado por soles de siglos y por siglos de soles".

Avila evocaría y nos llevaría a sentir ansias místicas, de recogimiento y serenidad, a la vez que empujaría a luchar por el idealismo.

Avila en Unamuno sería también el símbolo del lugar donde se materializa "la parada del tiempo", o dicho de otro modo, donde se materializa el espíritu de los tiempos, de la eternidad.

"Y mirando a Avila ceñida por sus murallas, pensábamos vivir en todas las épocas fuera de tiempo, desde la edad troglodítica hasta la otra edad troglodítica, la que ha de volver para el linaje humano".

Avila es desde otra perspectiva unamuniana, una *ciudad con espíritu*, con vida interior por debajo de su estatismo.

"Una ciudad así, murada y articulada es una ciudad. Tiene unidad, tiene fisonomía, tiene alma. Londres o Nueva York, no pueden ser una ciudad nunca" (43).

Más adelante, en este mismo capítulo, se insistirá en la idea de tiempo parado, quieto en toda su eternidad, cobijado al amparo de las murallas de Avila. Contemplando la ciudad, sentado en sus pequeñas plazuelas, Unamuno escribirá:

"¡Esas plazuelas apacibles y sosegadas que se abren dentro del recinto conventual (para Unamuno Avila es también un convento), de una eterna —no la instantaneidad cotidiana!

Lo cotidiano, lo de todos los días, lo de todos los tiempos, eso sólo se gusta y se paladea en estas viejas ciudades" (44).

Podemos observar aquí una visión idealizada de Avila y su entorno amurallado, quieto y silencioso; pero esta visión también presentará otra cara en la literatura de Unamuno, al criticar en otras ocasiones la *modorra, apatía y cerrazón* que, al analizarlas, ve en las ciudades castellanas.

Siguiendo adelante, en lo que podríamos llamar literatura abulense de Unamuno, encontramos en el libro antes mencionado (Andanzas y visiones...) reflexiones sobre "El paisaje que él llama teresiano", es decir, sobre Avila.

Unamuno va a afirmar en otro capítulo de este mismo libro, que el campo abulense es la base de toda la doctrina mística de Teresa de Jesús.

(43) Unamuno, *Andanzas y Visiones Españolas*, Colec. Austral, Espasa-Calpe. Madrid 1955, pág. 230.
(44) Unamuno, *Op. Cit.*, pág. 231.

"Aquel paisaje llegó a formar parte de los cimientos del edificio de su doctrina".

Afirmando que en la literatura de Teresa de Jesús hay paisaje interior y exterior, dice:

"El castillo de las moradas es la ciudad de Avila con sus murallas y los cubos de éstas, es la maravillosa ciudad que tiene que mirar al cielo".

Otra vez podemos comprobar, cómo la idea de lo místico y lo espiritual va unido a esta tierra. "Tiene que mirar al cielo", a ese cielo azul tan claro y profundo que hemos visto cantado; y a ese otro cielo que nos lleva a Dios, a lo más íntimo y espiritual de nosotros mismos.

"Aquí, en esta tierra, se comprende lo que es eso del jardín interior del alma, del jardín cercado y con su humilde noria" (45).

En otro capítulo del mismo libro, titulado "Extramuros de Avila", podemos ver la insistencia de Unamuno sobre el mismo tema que venimos tratando. Avila además de mística y espiritual por excelencia va a ser símbolo de toda el alma castellana.

"Aparecióseme una vez más la ciudad de Avila, Avila de los Caballeros, Avila de Teresa de Jesús, ciudad vertebrada... Ciudad como el alma castellana, dermatoesquelética, crustácea, con la osamenta —coraza— por de fuera, y dentro de la carne, ósea también a las veces. Es el castillo interior de las moradas de Teresa, donde no cabe crecer sino hacia el cielo. Y el cielo se abre sobre ella como la palma de la mano del Señor" (46).

Por otro lado y dentro de esta misma temática abulense, Unamuno tiene escritos y reflexiones sobre la emoción y sentir que experimentó en Gredos. En esa montaña, en esa "Columna dorsal de Castilla" como él la llama, se ve elevado hacia el cielo, hacia Dios... hacia él mismo. Ahí respira su espíritu y se encuentra con las "esencias" de la vida, con los secretos viejos y eternos de la tierra y las cosas, ahí sueña con la libertad por la que tanto luchó.

"He estado hace pocos días en los altos de la sierra de Gredos, espinazo de Castilla...; traigo el alma llena de la visión de las cimas, de silencio, de paz y de olvido...; el alma también se limpia y restaura con el silencio de las cumbres y luego en estas ascensiones a las cumbres, en estas escapadas por los campos, se desnuda uno del decorum, de ese horrendo y estúpido decorum, y se pone uno el alma en mangas de camisa" (47).

Creo que esta última y sorprendente imagen que Unamuno utiliza para transmitirnos la sensación de libertad y el gusto de estar sin convencionalismos, de forma sincera y natural, nos puede ser suficiente para conocer lo que siente al contemplar estos parajes de la sierra de Gredos. Avila, sus montañas, su historia, le ayudan a encontrarse y le sirven para expresar de una forma plástica sus ideas, sus ansias de espiritualismo, y de limpieza y libertad de corazón y alma.

(45) Unamuno, *Op. Cit.*, págs. 239 y 240.

(46) Unamuno, *Op. Cit.*, pág. 242.

(47) Unamuno, *Op. Cit.*, págs. 16, 17, 18 y 19.

Ese gusto de Unamuno por dejarse empapar de lo que él llamó la *intrahistoria de la vida y las cosas*, lo volveremos a ver en otra de sus muchas reflexiones frente a Gredos. En "La España que permanece" de su libro "España y los españoles" leemos:

"Hace una docena de años subí a Gredos, acaricié el Almanzor, almacené allí sol, aire y... coraje y *empapé mi alma en la permanencia de las montañas*. Y volví a sentir lo que es la España que permanece, la que queda por encima y por debajo de la España que pasa" (48).

Nuevas e interesantes referencias de Unamuno sobre Avila, las volvemos a encontrar en su libro "Por tierras de Portugal y España". En el capítulo titulado "Avila de los Caballeros" afirma que fue un acierto el que Enrique Larreta situara "La Gloria de Don Ramiro" en nuestra ciudad que él denominará Avila de los Caballeros, Avila de los Santos, la ciudad *caballeresca y monacal*.

Si seguimos leyendo este capítulo veremos cómo el alma de Unamuno se siente atraída poderosamente por las emociones y sensaciones que le despiertan esta ciudad castellana. En este sentido podemos, pues, leer:

"En el aspecto íntimo del arte; para el que busca sensaciones profundas, para el que tiene el espíritu preparado a recibir la más honda revelación de la historia eterna, os digo que lo mejor de España es Castilla y en Castilla pocas ciudades, si es que hay alguna, superiores a Avila.

"El que quiera columbrar lo que pudo antaño haber sido, *vivir con el fondo del alma, éste que vaya a Avila*, que venga también a Salamanca" (49).

Mirando Avila desde uno de los torreones de sus murallas, sentirá: "henchida mi alma de aliento de eternidad, de jugo permanente de la historia". En otra parte califica a Avila con los adjetivos ya tópicos y relacionados con ella desde siempre:

"Y así es, esa ciudad de Avila, tan *callada*, tan *silenciosa* (recordemos el eslogan publicitario: "Avila la ciudad donde se oye el silencio"), tan recogida, parece una ciudad *musical y sonora*; en ella canta nuestra historia eterna; *en ella canta nuestra nunca satisfecha hambre de eternidad*. Sus murallas parecen clausurarla cerrándola al mundo" (50).

Creemos que estas últimas ideas resumirían muy bien toda la carga simbólica que para Unamuno tiene Avila; sería la portadora de la esencia espiritual de España y el lugar de Castilla donde mejor se esparce su espíritu, su idealismo... y su pensamiento. Esta tierra castellana es "el hogar del alma" como él la llamará en sus obras.

Avila funciona en su literatura como tópico de *espiritualidad* y como *esencia de la raza, de la intrahistoria y vida españolas*.

Su idea de eternidad y su forma de sentirla estarán expresadas a través de este paisaje abulense que él llamó antes "teresiano".

Con todas estas ideas que hemos venido desarrollando, consideramos que hemos llegado al final del objetivo propuesto en el presente trabajo. A través de todas estas páginas hemos intentado demostrar en primer lugar que la Castilla literaria, la tópica Castilla, tiene una base *esencial y real*; que la realidad castellana se ha ido desgranando a su vez en tópicos, y que la "esencialidad" de Castilla en el 98, se convierte en el trasunto final, en el resumen perfecto del auténtico espíritu de España.

Esta visión tópica y esencializada de Castilla se ha *contrastado, completado y enriquecido* con la visión del novelista Miguel Delibes.

En un segundo lugar y haciendo diversos subapartados, hemos intentado perfilar las distintas siluetas, las distintas imágenes que Avila, su paisaje, su historia y espíritu esconden, para Galdós, Azorín y Unamuno, bajo su trazado de piedras, de luz y de cielo.

Avila ha ido simbolizando así formas de ser, pensar y sentir:

- Tradicionalismo, cerrazón, estancamiento y seudomisticismo en la novela de "La familia de León Roch" de Galdós.
- El paso del tiempo con su huída, y supervivencia fundamentalmente, en Azorín.
- El lugar donde es fácil y apetecible el *reencuentro con lo siempre eterno*, con la auténtica esencia de las cosas y su última y sencilla verdad, en Unamuno.

(48) Unamuno, *España y los españoles*, Afrodisio Aguado, S.A., Editores - Libreros, Madrid, páginas 219 y 220.

(49) Unamuno, *Por Tierras de Portugal y de España*, Aguilar, S.A. Madrid 1962, pág. 191.

(50) Unamuno, *Op. Cit.*, pág. 192.

BIBLIOGRAFIA

- CURTIUS, E.R. *Literatura europea y Edad Media Latina*. Fondo de Cultura Económica, México 1955.
- AZORIN —*El Paísaje de España visto por los españoles*, Colecc. Austral, Espasa-Calpe, 7.^a edición 1969.
- AZORIN —*Obras Completas*, Tomo I. Aguilar S.A. Edic., Madrid 1975.
- AZORIN —*Una hora de España*. Colecc. Austral, Espasa-Calpe, 5.^a edic. Madrid 1976.
- AZORIN —*Un pueblecito: Riofrío de Ávila*. Colecc. Austral, Espasa-Calpe, Madrid.
- AZORIN —*Lecturas españolas*. Agrupación nacional del Comercio del Libro.
- UNAMUNO, MIGUEL DE —*De mi País*. Colecc. Austral, Espasa-Calpe, Argentina S.A. 1952.
- UNAMUNO, MIGUEL DE —*Andanzas y visiones españolas*. Colecc. Austral, Espasa-Calpe, 6.^a edición Madrid 1955.
- UNAMUNO, MIGUEL DE —*España y los españoles*. Afrodisio Aguado, S.A., Editores libreros. Madrid 1955.
- UNAMUNO, MIGUEL DE —*En torno al casticismo*. Colecc. Austral, Espasa-Calpe, S.A., 4.^a edición. Madrid 1957.
- UNAMUNO, MIGUEL DE —*Portierras de Portugal y España*. Aguilar, S.A. Edic. Madrid 1962.
- PEREZ GALDOS, BENITO —*Obras Completas. Novelas* (Serie de la primera época). Aguilar, S.A. Edic. Madrid 1973.
- CASALDUERO, JOAQUIN. —*Vida y Obra de Galdós*. Editorial Gredos.
- CORREA, GUSTAVO. —*El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós*.
- CORREA, GUSTAVO. —*Realidad, ficción y símbolo en las novelas de Pérez Galdós*. Publicaciones Bogotá 1967.
- GINER DE LOS RIOS, FCO. —*Ensayos. Sobre la familia de León Roch*. Alianza Editorial. Madrid 1969.
- GULLON, RICARDO. —*Galdós, Novelista Moderno*. Editorial Gredos.
- SAINZ DE ROBLES, F. CARLOS. —*Prólogo a Obras Completas de Galdós*. Aguilar Edic. S.A. Madrid 1973.
- SCATORI, STEPHEN —*La idea religiosa en la Obra de Pérez Galdós*. Bibliothèque Franco-Americaine, 1927.
- LAIN ENTRALGO, PEDRO. —*La Generación del 98*. Colecc. Austral, Espasa-Calpe, S.A., 9.^a Edic. Madrid 1979.
- LOPEZ MORILLAS, JUAN. —*Hacia el 98: Literatura, Sociedad, Ideología*. Edic. Ariel. Esplugues de Llobregat. Barcelona.
- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO. —*Estudios de Crítica Literaria*. 5.^a Serie. Madrid 1908.
- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO. —*Historia de los Heterodoxos españoles*. Librería Católica de San José. Madrid 1.881.
- DELIBES, MIGUEL. —*Castilla, lo castellano y los castellanos*. Editorial Planeta, Barcelona.
- MACHADO, ANTONIO. —*Poesías Completas*. Colecc. Austral, Espasa-Calpe, Madrid. 1940.
- SENABRE, RICARDO. —*La Poesía de Rafael Alberti*. Universidad de Salamanca 1977.
- PEREZ MORETA, J. —*Temas Abulenses: Azorín*. Inst. de Investigaciones y Estudios Abulenses "Gran Duque de Alba". Ávila 1974.

VARIA